

la gente enseguida dijo: “lo mató de chiripa”, y así se le quedó el mote hasta que dos topadas después lo mataron. Sólo entonces, y nomás porque el patrón ya estaba bien borracho y encorajinado, me dejó soltar a La Colorada, mi güero. Tres veces seguidas ganó ese animal esa noche en el palenque, y cuatro y cinco veces más en los días siguientes. Era una cosa de no creerse, verdá de Dios. El patrón andaba como loco con tanto dinero y tanta fama que cogió. Con cuarto de redonda y media de filo, con pico y espuela y a las puras patadas, lo que le pusiera: este canijo nomás daba pata por vida, y gallo que no mataba lo sacaba rajado, mi güero; les reventaba la vena en cosa de segundos. Y no porque jugara con ventaja por su apariencia, como había dicho el patrón, no; sino porque era inteligente y calculador, y le gustaba enchilar al rival primero, testearlo pa que se diera cuenta del error que cometía al pensar que era gallina, y cuando ya lo tenía todo alebrestado, le jugaba la pelea que a él le convenía. Yo lo vi pelear a media talla, pegado al otro gallo pa no darle distancia, enyugado, metiéndosele al rival por debajo del ala pa darle luego en la cabeza, o de frente, en la mera pechuga, pero siempre enterrando la navaja hasta la botana, y jalando recio pa cortar noble y profundo. N’hombre, el patrón ya luego hasta lo besaba, verdad de Dios. Y nunca quiso prestarlo pa la cría, y mire que fueron muchos los que le ofrecieron sus buenos dineros con tal de mejorar la sangre de sus perchas. Aquí ha tenido un titipuchal de pollos, pero ninguno de sus hijos ha sacado lo que él fue, mi güero, así pasa... Y a todo esto, ¿pa qué tanta pregunta? ¿A poco le gustan los gallos? Es de que nomás lo veo que escribe y escribe en su cuadernito lo que yo le cuento, y pensé: “a lo mejor el güero de la Vizcaíno quiere ser gallero de grande”.



¿Cómo viaja el silencio?

GABRIELA ALEMÁN

Fue en un Encuentro Literario en el Quindío colombiano. La charla era sobre el rock en la literatura latinoamericana. Había tomado notas sobre “Las arañas de Marte” de Gustavo Espinosa, traía apuntes sobre el punk chileno en textos de Álvaro Bisama, referencias a José Agustín y Jorge Álvarez y los inicios del rock argentino. Alguna mención a Sal y Mileto en Ecuador. La sala era rara. Me tomó un tiempo darme cuenta por qué. Era un estudio de fotografía y tenía un

fondo infinito. La gente, sobre ese pulcrísimo blanco, parecía un enjambre de mosquitos. No sé por qué llevaba un saco rosado. Me lo quité. Olía a mota y a hormonas. De los audífonos de alguien en la primera fila escapaban los bajos de una batería. Había muchísimas luces y cámaras y adelante, en el centro, un chico con unas gafas enormes. Parecía Woody Allen, si Woody Allen hubiera sido musculoso y su nariz fuera un botón. Sus ojos no podían quedarse quietos. Dio dos toques a su micrófono y la bulla se acalló. Me miró, *ya hablaremos sobre rock, comencemos hablando del silencio*. Dijo, una sonrisita formándose en sus finísimos labios. El calor de las luces se escapó por un hueco en el suelo, mis notas volaron por una ventana imaginaria y los ojos de la sala me estaquillaron contra el infinito. Y, quién sabe de dónde, me habló Pedro Páramo: *Ahora estaba aquí, en este pueblo sin ruidos. Oía caer mis pisadas sobre las piedras redondas con que estaban empedradas las calles. Mis pisadas huecas, repitiendo su sonido en el eco de las paredes teñidas por el sol del atardecer [...] Al cruzar una bocacalle vi una señora envuelta en su rebozo que desapareció como si no existiera. Después volvieron a moverse mis pasos y mis ojos siguieron asomándose al agujero de las puertas. Hasta que nuevamente la mujer del rebozo se cruzó frente a mí [...] Si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces. De voces, sí. Y aquí, donde el aire era escaso, se oían mejor. Se quedaban dentro de uno, pesadas. Me acordé de lo que me había dicho mi madre. “Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz”*. Los finos labios gelatinosos se volvieron a mover, ¿Cuál es la novela más silenciosa de la literatura latinoamericana?, dijo mirándome. Con Rulfo de mi lado me largué, hasta que me callaron para preguntarme por algún cuento que hablara de rock.



Disculpa

ABRAHAM CRUZVILLEGAS

Entra Santiago Ramírez Sandoval a la librería del Instituto Nacional Indigenista y pide en préstamo domiciliario al bibliotecario el segundo tomo de *El México desconocido de Carl Lumboltz*, quien, taciturno, le dice:

—Lo siento, doctor, lo sigo leyendo... no estará disponible por algunos años.